

El ritual funerario: una materialización de la ideología religiosa

Un recorrido por la muerte en el antiguo Egipto y el Perú prehispánico



Autor: Arturo Martín Mac Kay Fulle

Profesor de Arte y Cultura en el Programa de Estudios Generales de la Universidad de Lima

Cuando hablamos de ideología en referencia a la religión, básicamente nos referimos a cómo un grupo humano, en un espacio y tiempo determinados, desarrolla una serie de verdades que se transforman en normas para entender el origen del universo, de su propia existencia y la posibilidad de trascender más allá de lo pasajero de la vida.

Por otro lado, la ideología religiosa también incluye la creación de mecanismos por los cuales ese mismo grupo construirá y afianzará los vínculos que acerquen a todos sus miembros con aquellas fuerzas o entidades superiores, dioses y diosas y demás agentes suprahumanos a quienes se les considera como manifestación de lo sagrado.

A través de la historia, muchos cultos religiosos, varios de los cuales hasta hoy subsisten, pasaron de la simple, aunque efectiva comunicación boca a boca al dogma plasmado en los textos sagrados, con lo cual evitaron la diversificación de las creencias y la disgregación del grupo. Desde el Bhagavad-gītā indio o el Popol Vuh maya, pasando la Torá judía, hasta los evangelios cristianos y el Corán islámico, la literatura sagrada conserva para la eternidad el pensamiento religioso.

¿Pero qué sucedió con aquellos grupos culturales que, por distintos motivos, no desarrollaron la escritura? ¿Cómo pudieron mantener consistentemente el conjunto de

creencias que les permitían entender el universo y conectarse con las entidades que lo manipulaban?

La respuesta es simple: la constante y meticulosa repetición de los rituales y el mantenimiento de los espacios donde se realizaban consolidaron por siglos las ideologías religiosas. Estas se fueron adecuando a la evolución de las sociedades en su tránsito de grupos tribales trashumantes o seminómadas a sociedades complejas de carácter estatal.

Las ideologías o cosmovisiones religiosas pasaron de sencillos rituales domésticos y de tener como gran eje ordenador al chamán, un personaje que en muchas ocasiones era elegido por la propia población debido a alguna característica de nacimiento o algún evento extraordinario durante su vida, a complejos y elaborados rituales organizados y ejecutados por una élite sacerdotal asociada al poder político de turno.

Lamentablemente, el tiempo y sus devenires –entre ellos, la expansión e imposición de culturas y sus respectivos credos– destruyeron a estas sociedades y sus cosmovisiones, con lo que han sobrevivido para nosotros solo reflejos fragmentados de su pensamiento sagrado.

Aun así, la arqueología ha logrado definir un tipo de hallazgo que nos ayuda a reconstruir en gran medida el pensamiento sagrado de aquellas sociedades del pasado de las que tan solo nos quedan los restos materiales de sus acciones o eventos. Este hallazgo, el cual se torna en unidad de estudio, es el contexto funerario, mal llamado en la literatura como entierro o tumba.

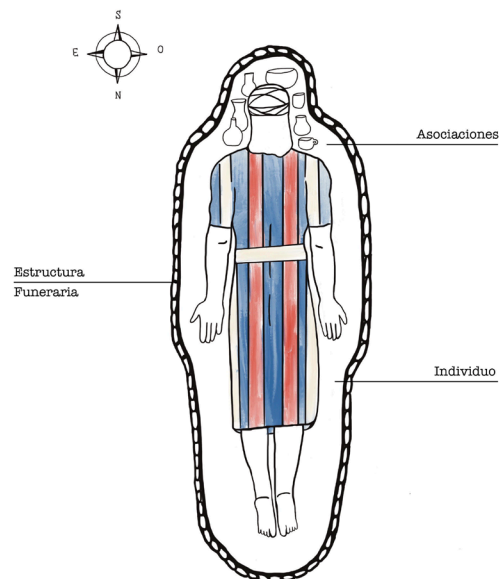
Para los arqueólogos, el contexto funerario, que es solo parte del ritual funerario (muchos de los elementos del ritual no dejarán ningún tipo de evidencia material, por ejemplo, los rezos y gestos) está compuesto por tres elementos:

- a) **La estructura funeraria** es aquel receptáculo obtenido o construido para depositar el o los cuerpos de los individuos fallecidos. Por obtenido, se entiende una estructura natural, como puede serlo una cueva, u otra con una función original distinta que es reutilizada como funeraria, por ejemplo, una habitación doméstica abandonada con anterioridad. En muchas ocasiones, la complejidad de la estructura funeraria, su emplazamiento, orientación o los

materiales utilizados en su construcción nos darán información importante sobre el estatus del individuo o individuos que se encuentren en su interior.

- b) **El individuo** es el cuerpo o cuerpos humanos colocados dentro de una estructura funeraria. Estos poseen características particulares, por lo tanto, contienen información precisa para el conocimiento de sus rasgos biológicos y culturales, los que han quedado marcados en sus propios restos. Entre estas características podemos mencionar el sexo y la edad de los individuos, así como el tratamiento que se les dio a los cuerpos para su enterramiento, lo cual es parte del ritual funerario.

El tratamiento está compuesto por la orientación en que se colocó a los individuos dentro de la estructura funeraria (eje cráneo-pies) y la posición, que es la forma en la cual fue colocada la anatomía de los individuos dentro de la estructura funeraria. El tratamiento del individuo siempre es un reflejo de ciertos elementos de la ideología religiosa del grupo en cuestión. La orientación hacia algún punto cardinal y la posición del cuerpo al ser enterrado delatan eso que en otras sociedades pudo darnos la escritura.

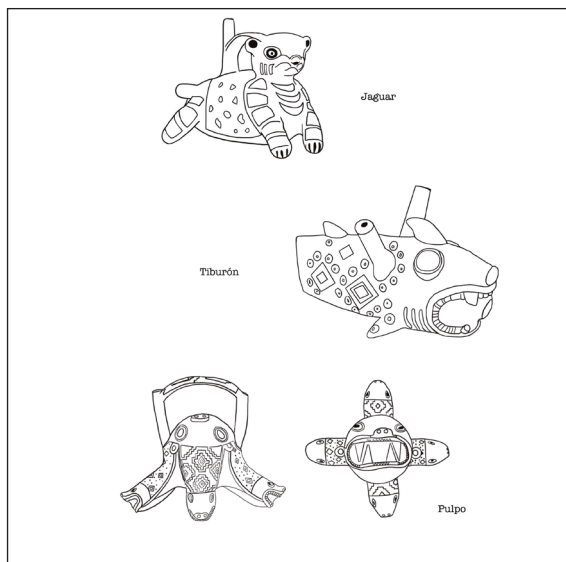


Esquema de los contextos funerarios en la cultura Lima excavados en la Pontificia Universidad Católica del Perú (fechados entre 450 y 690 d.C.). Fuente: elaborado por el autor.

En el caso del hallazgo de los individuos, ya sean esqueletos o momias, estén completos, incompletos o incinerados, este tipo de evidencia es el único que nos conecta directamente con los hombres y mujeres del pasado y nos informa de sus quehaceres cotidianos, de sus enfermedades y penurias, de su tipo de alimentación, entre otros íntimos detalles, que podrían llegar inclusive a entregarnos, en el caso de individuos femeninos, el número de veces que dieron a luz.

c) **Las asociaciones** son todos aquellos elementos colocados dentro de la estructura funeraria aparte de los individuos. Es decir, aquellos materiales que componen las ofrendas o ajuar funerario. Estos objetos (cerámicos, metálicos, líticos, vegetales, óseos, etcétera) son las fuentes de información que nos dirán quién fue el hombre, la mujer o el niño enterrados. Su proveniencia étnica, su estrato social, su importancia política o religiosa, así como las labores que cumplía dentro del grupo que lo acogía.

De igual manera, la existencia de un ajuar funerario permite acercarnos a los conceptos que tenía una sociedad sobre la vida después de la muerte, dado que los objetos que conforman las asociaciones funerarias son colocados no con un afán decorativo, sino funcional, en lo que podríamos denominar como la vida del más allá.



Animales sagrados representados en las vasijas de la cultura Lima.
Fuente: elaborado por el autor.

Por encima de todo, la atención dedicada a los difuntos, expresada en la calidad y cantidad de asociaciones, así como en el tiempo y esfuerzo invertidos en la preparación del repositorio mortuario y los restos humanos son reflejo de las relaciones sociales que trascienden a la muerte del individuo. Más aún, los rituales funerarios suelen transformarse en arenas políticas en donde se manifiestan, afirman o contestan públicamente los deseos o intenciones, así como el estatus de los deudos y participantes.

En mi experiencia como arqueólogo, tuve el privilegio de poder excavar gran parte de un cementerio (142 contextos funerarios) perteneciente a la cultura Lima, fechado entre los años 450 y 690 d.C. En dicho cementerio, ubicado al interior del campus de la Pontificia Universidad Católica del Perú, todos los individuos se hallaron en estructuras sencillas que podríamos denominar fosas, lo que evidenciaba que eran personas comunes; por los objetos asociados a sus cuerpos y el análisis de antropología física, correspondían a hombres y mujeres dedicados a duras labores agrícolas, a la pesca y el marisqueo y a la producción textil o alfarera.

Dichos individuos rara vez superaban los 30 años y, prácticamente, la mitad de ellos fallecía entre el parto y los 15 años. Tenían una dieta vinculada al zapallo, la guanábana, los tubérculos y una fauna marina que evidencia la llegada de un fuerte fenómeno de El Niño que dificultó aún más su dura vida, en la que la anemia era algo recurrente, así como las fracturas de huesos.

Y en cuanto a la ideología religiosa, ¿pudimos concluir algo gracias a estos contextos funerarios? La respuesta es sí. Más allá de la vida cotidiana de estos antiguos "limeños", los tratamientos que les daban a los cuerpos nos acercaron mucho a su pensamiento religioso. Gran parte de los individuos excavados tenían una orientación sur-norte y estaban en una posición extendida ventral –boca abajo– (Figura 1); esta información nos permitía vincular la dirección en que eran dispuestos los cuerpos de los fallecidos con el curso natural del río Rímac y los canales artificiales que desembocaban en el océano Pacífico. La iconografía del arte Lima, compuesta por tiburones, ballenas, pulpos y otros seres ictiomorfos, confirma la importancia del mar como fuente de vida, pero también como el

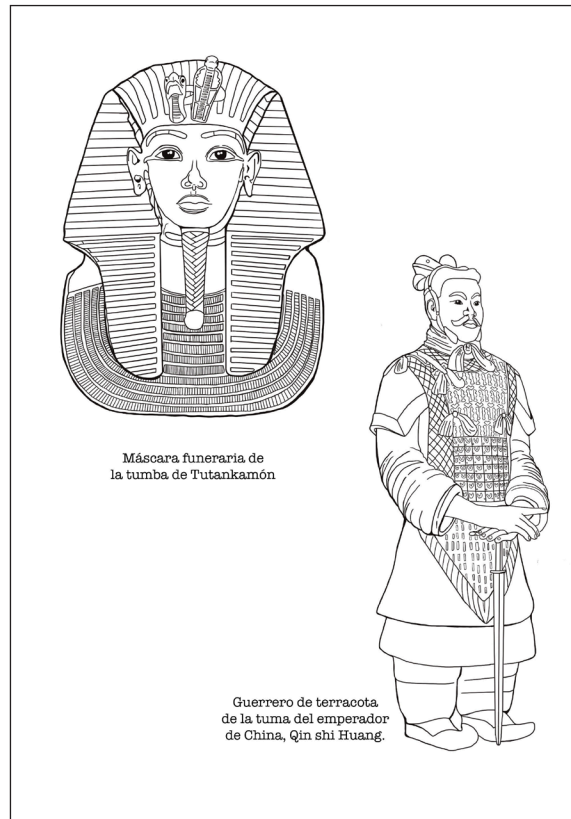
lugar asociado a las fuerzas sobrenaturales y el lugar de reposo del individuo que se transforma en ancestro.

También seres como el felino (puma o jaguar) aparecían en las vasijas de estos hombres que, tal como otras sociedades contemporáneas de los Andes centrales, rendían culto a este gran mamífero, rey tanto de las quebradas como de los bosques tropicales (Figura 2).

Otro elemento claramente vinculado con el pensamiento religioso de los Lima fue el hallazgo de algunos cuerpos que fueron alterados *post-mortem*. Los propios Lima habían extraído cráneos o partes de las extremidades inferiores de sus muertos que luego fueron enterradas de manera separada. ¿Es esta acción algún tipo de ritual a manera de castigo al individuo fallecido o es una forma de beneficiarlo a él y a sus deudos? Por ahora no lo sabemos, pero esto es claramente una acción que estaba íntimamente ligada a la cosmovisión de este pueblo.

Estos son, pues, algunos ejemplos de cómo, pese al paso del tiempo y a la ausencia de escritura, la labor de los arqueólogos puede ir descubriendo algunos fragmentos del pensamiento religioso a través de la dimensión material de sus rituales. Un pensamiento que, pese a tener gran parte de sus elementos en un plano inmaterial (o supernatural), deja una huella en la vida terrenal de los involucrados y también de aquellos que nos interesamos en preservar en la memoria aquel tipo de ideología que unía lo sagrado con lo profano.

No son solo los grandes hallazgos como las tumbas de Tutankamón en Egipto (1342-1325 a. C.), Qin Shi Huang en China (259-210 a. C.) (Figura 3) o nuestros Señor de Sipán (circa 250 a. C.) y



Contextos funerarios de los grupos de poder en el Egipto faraónico y la antigua China. Fuente: elaborado por el autor.

Señor de Sicán (circa 1000 d. C.) los contextos que nos dan la información sobre el pensamiento mágico-religioso de los pueblos de la antigüedad, sino también aquellas pequeñas y sencillas fosas que albergaron los restos de la gente común como son los pastores, agricultores, pescadores y artesanos que en un mundo rápidamente cambiante tenían una esperanza de vida mucho menor y creían que su contacto con los dioses y los ancestros sería su mejor defensa contra todos los males de este mundo.